

Representaciones de sordos y oyentes en el Liceo 32: acerca de sí mismos y de la diferencia

Leonardo Peluso¹
Universidad de la República

En este trabajo presentaré algunas conclusiones a las que se arribó en una investigación realizada en el Liceo No. 32 que tenía como objetivo indagar las relaciones interculturales entre sordos y oyentes que allí se producían. Esto se relaciona con las diferentes identidades que se construyen y reconstruyen en el marco de las cotidianas relaciones interculturales que ocurren en el liceo y que se pueden considerar a partir de dos grandes preguntas: “¿qué son los sordos?” y “¿qué diferencia existe entre sordos y oyentes?”.

Antes de continuar con la lectura de este trabajo, propongo al lector que haga el ejercicio de responder ambas preguntas de la forma más simple posible, para luego comparar sus respuestas con las que se obtuvieron en el liceo.

Consideraciones generales acerca de las relaciones interculturales

Básicamente se entiende que las relaciones interculturales se producen en interacciones concretas que se realizan en contextos en que los interactores adscriben identitariamente a marcos culturales diversos. Este tipo de relación ocurre en situaciones que pueden ir desde el contacto lingüístico donde participa más de una lengua y en el que los interactores no consiguen negociar significados más allá de un plano concreto y contextual, a relaciones monolingües, en las que si bien los interactores comparten muchos elementos lingüísticos y culturales (hablan una misma lengua), se vuelven protagónicas otras diferencias culturales, como estilos de vida, sexo/género, etc.

Porter y Samovar (1994: 19, la traducción es mía) plantean que la

"comunicación intercultural ocurre cada vez que un mensaje, que debe ser entendido, es producido por un miembro de una cultura para ser comprendido por un miembro de otra cultura. Esta situación puede ser problemática porque (...) la cultura forja y da forma a los comunicadores individuales. "

Estos autores, en su definición de comunicación intercultural, introducen dos aspectos plenamente interconectados: el hecho de que la cultura da forma a los interactores y marca sus modalidades de estar en el mundo y, como consecuencia de esto, el nivel de problematicidad que las diferencias culturales pueden introducir en la comunicación. Estos niveles de problematicidad no se agotan en la propia dificultad de intercomprensión de lo dicho por hablar diferentes lenguas, sino que son consecuencia, fundamentalmente, de las dificultades de negociar un marco interpretativo y simbólico común.

Dentro de esta perspectiva, por su parte, Zimmermann y Bierbach (1997: 7) definen como comunicación intercultural la

¹Peluso, L.,(2007) “Representaciones de sordos y oyentes en el Liceo 32” . En: Carmen Torres (Org.). **Avances de investigación en instituciones educativas. Dimensiones psicológicas y lingüísticas.** Montevideo: Waslala/Psicolibros, p. 113-124, ISBN: 9789974805354

“interacción verbal concreta de seres humanos, hablantes de diferentes lenguas, dialectos y todo tipo de variedades lingüísticas con sus respectivas diferencias culturales y estilos de vida propios.”

En esta definición los autores hacen mayor hincapié en las diferencias lingüísticas que en la definición planteada por Porter y Samowar (1994); sin embargo, queda claro que las diferencias culturales y la necesidad de comunicarse más allá de éstas son, también para ellos, el factor central que caracteriza dichas relaciones.

Así, en la comunicación intercultural se produce una situación distinta de la aparentemente cómoda/confortable interacción entre pares y eso requiere del establecimiento de estrategias comunicativas que van desde el plano lingüístico hasta el plano psico-social de las identidades en juego. De esta forma cuando se plantea el tema de las relaciones interculturales aparecen siempre dos aspectos relacionados: las fronteras y el conflicto.

Representaciones acerca de los sordos

Ante la pregunta acerca de qué es un sordo y qué es un oyente, los sordos mayoritariamente respondieron que eran hablantes de LSU (Lengua de Señas Uruguaya) a diferencia de los oyentes que respondieron en su totalidad que los sordos son personas que no oyen, discapacitados auditivos o personas normales.

A partir de esta gran diferenciación en las respuestas es posible sostener que existe un conflicto intercultural entre sordos y oyentes que se vincula con las distintas formas en que se ven y son vistos: en un caso en términos lingüísticos (hablantes de una lengua diferente) y en el otro caso en términos de lo que no se tiene (oír o no oír).

Por un lado los sordos se sienten mayoritariamente hablantes de LSU, lengua en la que prefieren hablar, representándose a sí mismos y diferenciándose del resto en términos lingüísticos. Pero esta representación no coincide con la visión del exogrupo, que los concibe fundamentalmente en términos auditivos y de discapacidad, visión de la cual muestran tener conciencia.

Esta contradicción es uno de los principales elementos que está en la base del conflicto intercultural entre sordos y oyentes y, en la medida en que se internaliza, tiene como efecto, en parte, la conformación conflictiva de las identidades sordas, que se presentan como fragmentarias y contradictorias: por un lado, tienden a verse en términos de hablantes de LSU y a luchar por una identidad lingüística de la sordera, pero por otro creen que les resulta igual hablar español o LSU o que se sienten igualmente cómodos entre sordos y entre oyentes. En algunos pocos casos dejan traslucir los discursos negativos con los que son vistos.

Representaciones acerca de la diferencia entre sordos y oyentes

Ante la pregunta acerca de si existen diferencias entre sordos y oyentes, se pudo comprobar la existencia de similares patrones de respuestas con respecto a las dadas ante la pregunta ¿qué es un sordo?

En cuanto a los padres y madres oyentes se pudo observar que tienden a visualizar la sordera en términos de déficit (perspectiva audiológica) y no en términos culturales y lingüísticos. Una visualización en términos lingüísticos implicaría entender y respetar la diferencia y reconocer el contexto intercultural que los atraviesa. Pero estos oyentes, en su mayoría, niegan la existencia de diferencias entre sordos y oyentes, de la frontera lingüística y cultural y de la existencia de dificultades en la comunicación con éstos, si bien cuando describen la forma en que se comunican con sus hijos sordos (hablando español bien lento y apoyándose en gestos) se podría pensar que la interacción es bastante dificultosa, lo que estaría en concordancia con lo manifestado por la mayoría de sus hijos sordos en las entrevistas.

Por otra parte, estos padres y madres mostraron, en buena medida, cierta conciencia lingüística al plantear que la LSU es importante para sus hijos en términos de

comodidad o de contextos sociales, si bien casi ningún padre o madre la ha aprendido y ni siquiera sabe que su hijo tiene un nombre en LSU.

A lo largo de la investigación se evidenció una importante contradicción entre la imposibilidad de visualizar la frontera entre sordos y oyentes por parte de los padres y madres oyentes y el reconocimiento de que su hijo es hablante de otra lengua diferente a la propia. Esto estaría señalando la conflictiva intersección, entre otras cosas, de planos conscientes acerca de cómo se representan la sordera y la normalidad, lo sordo y lo oyente, de grandes marcos ideológicos no conscientes que sostienen dichas representaciones, de elementos afectivos y, tal vez, de la dicotomía entre el hijo fantaseado y el hijo real sordo.

Los docentes oyentes también mostraron ciertas contradicciones similares a las que aparecen en el grupo de padres y madres oyentes, aunque de naturaleza diferente, ya que en éstos hay un cierto reconocimiento del papel de la LSU en la caracterización de sus alumnos sordos y de la frontera. Sin embargo, a pesar de este reconocimiento, gran parte de los docentes asumieron un discurso audiológico y muchas veces de la discapacidad o de las dificultades de aprendizaje. ¿Los ven como discapacitados o como hablantes de otra lengua? Probablemente en los docentes conviven ambas posturas y esto es parte de las características de las interacciones interculturales que ocurren en el liceo y que posiblemente muchas veces pauten decisiones en el terreno didáctico y pedagógico.

Tendencias similares a las de los docentes se encuentran los alumnos oyentes del liceo, que asisten a otras clases pero se encuentran con los sordos en los recreos.

Los únicos oyentes que ven a los sordos desde una perspectiva lingüística son las intérpretes. Este grupo ocupa un espacio conflictivo en la medida en que funciona como bisagra entre dos grupos sociales y lingüísticos diferentes, quedando sujeto a infinitas y generalmente contradictorias estructuras de alianzas, coaliciones y lealtades: ¿son sordos o son oyentes?, ¿son profesoras o son estudiantes?, ¿guardan secretos de grupo?, ¿se identifican más con lo sordo o con lo oyente?

Los vecinos que viven en el entorno del liceo se muestran más ajenos a situaciones de conflicto intercultural. Se dan cuenta que los alumnos son sordos porque usan las manos para comunicarse, lo que no queda claro si supone un reconocimiento de la existencia de una lengua. Es probable que esto no sea así, ya que en su mayoría parecen asumir el discurso generalizado de la percepción de la sordera en términos de oír/no-oír.

Los sordos también mostraron contradicciones. Los alumnos sordos expresan una marcada tendencia a caracterizar la sordera en términos lingüísticos y a visualizar la existencia de fronteras culturales y lingüísticas entre sordos y oyentes. Los adolescentes sordos que asisten al liceo han alcanzado una competencia intercultural que se basa en un conocimiento de sí mismos y del lugar que ocupan como hablantes de una lengua minoritaria y estigmatizada, muchas veces atravesada por el discurso de la discapacidad. Sin embargo, también muestran contradicciones en sus respuestas y a veces se ven desde el discurso audiológico del oír/no oír.

En cambio, los padres y madres sordos, salvo en dos casos, en general respondieron como sus pares oyentes, lo que los aparta de los alumnos sordos. Esto hace reflexionar, entre otras cosas, acerca de los cambios en relación a las identidades sordas que se han venido dando en las últimas décadas.

Dos marcos discursivos para caracterizar la sordera: sordos y no-oyentes

Como señalé los sordos alumnos caracterizaron la sordera y la diferencia en términos lingüísticos y los oyentes mayoritariamente en términos audiológicos.

Se podría decir, entonces, que existirían dos marcos discursivos que atraviesan a sordos y oyentes y que son parte de la matriz dentro de la que unos se caracterizan en relación a otros en el contexto de la comunicación intergrupala: a) el discurso no-oyente/normo-oyente y b) el discurso sordo/oyente.

En el primer marco discursivo asistimos a la construcción de sordos y oyentes y su diferencia en términos audiológicos, en relación a lo que se tiene y a lo que no se tiene, siendo el único modelo posible el del oyente. Quienes no escuchan son vistos como no-

oyentes, es decir, exclusivamente en relación a un rasgo que no tienen con respecto a la norma (oyente).

Este discurso privilegia la posición de los oyentes ya que para éstos la distinción entre lengua de señas y lengua oral no es un tema significativo en su visión de sí mismos. Esta constelación discursiva incluye la concepción de los sordos como discapacitados, lo que agrega una valoración a la marca biológica de no oír.

En el segundo marco discursivo, a quienes no escuchan se los ve como sordos en un sentido cultural y lingüístico, en la medida en que el rasgo oír/no-oír queda en un segundo plano y aparece el tema de las lenguas y las identidades en un primer plano.

En este caso asistimos a la construcción de una identidad sorda como una identidad alternativa, vinculada a una lengua y una comunidad de habla particulares. Los sordos dejan de ser vistos desde el modelo oyente y se proponen marcos alternativos de identificación que se alejan de lo que no se tiene. Cuando aparece, el aspecto de la audición pasa a ser visto como un rasgo más, diferenciador pero distinto a una discapacidad, en la medida en que funciona como parte de un discurso cuyo rasgo distintivo es ser hablantes de otra lengua.

Por lo tanto, desde esta perspectiva no alcanza con la pérdida auditiva para ser sordo, sino que debe existir un marco identificatorio que lo haga perteneciente a un grupo minoritario, en este caso, a una comunidad de habla que tiene como lengua de las interacciones frecuentes y regulares a la LSU. Esto hace pensar, por ejemplo, que no todos quienes tienen una pérdida auditiva severa son sordos (es el caso de quienes son exclusivamente oralizados y se constituyen como no-oyentes), pero, por otra parte, los oyentes que nacen de padres sordos, tienen como lengua materna a la LSU y son integrantes naturales de la comunidad sorda, tienen características identitarias de la sordera sin tener la pérdida auditiva.

Identidad sorda, identidad oyente

La concepción de la sordera en términos de hablantes de LSU supone dos importantes construcciones modélicas: la identidad sorda y la identidad oyente. Es claro que no se puede hablar de una identidad sorda u oyente como totalidades coherentes y homogéneas puesto que no hay dos individuos que tengan la misma idea acerca de las mismas. Sin embargo, existe un elemento clave y esencial en torno al cual se construyen estos marcos identitarios y que otorga una ilusión de homogeneidad y cohesión a las identidades asumidas y atribuidas: la diversidad lingüística vinculada a la lengua que resulta natural para uno y otro grupo (los sordos hablan una lengua de señas y los oyentes una lengua oral).

Sin embargo, cuando tratamos de pensar en las identidades sociales más allá de las identidades vinculadas con sentirse hablante nativo de una lengua o de otra, la situación cobra una importante complejidad, fundamentalmente porque la identidad oyente en realidad no existiría fuera de una atribución generalizadora realizada desde la cultura sorda.

Los oyentes que no tienen contacto con sordos difícilmente piensen en sí mismos como oyentes, o se adscriban a un grupo oyentes, por más que se identifiquen como hablantes de una lengua oral determinada.

Por otro lado, parecería que la respuesta a la pregunta ¿qué son los oyentes? viene a cuento sólo en relación con los sordos, ya que es una construcción que se hace desde ese lugar como elemento diferenciador. Parece difícil que los oyentes puedan tener una visión de sí mismos en tanto oyentes dada la diversidad y escasa cohesión que presenta lo oyente. Es probable que cuando los oyentes se posicionan ante los sordos esto funcione como catalizador que tienda a producir en aquellos una saliencia que implica una visión de sí mismos como personas que oyen, diferentes a quienes no lo hacen, y que conlleva la posibilidad de una enunciación del tipo *nosotros los oyentes*, que sólo toma sentido si se realiza de forma diferenciadora frente a *ustedes los sordos*.

Sin embargo, para los sordos los oyentes son un todo homogéneo del que se distinguen, y que se nuclea en torno a ciertos rasgos que se vinculan con a) la posibilidad

de oír y ciertas actividades relacionadas con esto, b) el manejo fluido del español oral y escrito, c) el prestigio social, y d) el lugar desde el que los sordos generalmente son vistos como *mudos*, *discapacitados* y *carentes*. Tal vez el aspecto de la lengua sea crucial en esta construcción social en la medida en que es vista desde los sordos, para quienes su propia visualización como sordos depende de la existencia de una lengua diferente a la hablada por la mayoría oyente.

En cuanto a las identidades sordas, éstas se constituyen por una constelación de rasgos nucleados en torno a la posibilidad de hablar la misma lengua de señas y de compartir experiencias similares en donde uno se siente entre pares o no, pero conformando en su seno identidades particulares, completamente incoherentes, híbridas, mezcladas, en las que por momentos se privilegia el aspecto lingüístico y por momentos el aspecto de lo que no se puede hacer, de la limitación. Así, en un contexto social en el que sobresalgan de forma exclusiva los rasgos vinculados a lo auditivo (cuando se produce la interacción con alguien que no habla la misma lengua ni comparte las mismas miradas), un sordo que en términos generales se vea a sí mismo como sordo puede tener una saliencia de sus rasgos identitarios vinculados al eje oír/no-oír y pasar a verse a sí mismo como un no-oyente, en cuyo caso se obturaría toda comunicación intercultural y se privilegiaría una comunicación entre personas representadas como normales y personas representadas como discapacitados auditivos a quienes se debe hablar lento y concreto para que puedan entender. Pero, en ese mismo contexto, también puede ocurrir lo opuesto y reforzarse en el sordo los aspectos de identidad minoritaria como contradiscurso y como diferencia, en cuyo caso se instauraría una frontera de tipo lingüístico y cultural y estaríamos ante una comunicación intercultural entre personas representadas como hablantes de lenguas diferentes.

Reflexiones finales

Alguien que nace con una pérdida auditiva puede construir su identidad como sordo o como no-oyente de acuerdo con los contextos sociales y educacionales en los que haya estado inmerso. Estas identidades no son coherentes y forman parte de las historias que nos cuentan y nos contamos acerca de lo propio y de lo ajeno. En este sentido lo sordo, lo oyente, lo no-oyente y lo normo-oyente son representaciones que se internalizan en la medida en que se internalizan los propios contextos sociales que las enuncian, y por eso son parte del conflicto, hibridación y mezcla que caracteriza las identidades sociales e individuales de los sordos bilingües (y de todos los sujetos sociales). Esto explica las múltiples contradicciones y saliencias que hacen que los sordos por momentos se sientan sordos y por momentos no-oyentes, al tiempo algunas veces son vistos como sordos y otras como no-oyentes. Esto no ocurre en el caso de quienes, teniendo una pérdida auditiva, no han estado en contacto con la LSU, ya que no tienen otra posibilidad que ser no-oyentes.

Bibliografía

- Erting, C. (1982) **Deafness, communication and social identity: an antropological analysis of interaction among parents, teachers, and deaf children in a preschool**, PHD dissertation, the American University, Washington.
- Parasnis, I (1998) **Cultural and Language Diversity and the Deaf Experience**. Cambridge University Press, Cambridge.
- Samowar, L., A.Porter, y E.Richard (Eds.) (1994) **Intercultural Communication. A Reader**, Wadsworth, Belmont.
- Stokoe, W. (1960) "Sign Language Structure: An outline of the Visual Communication System of the American Deaf". **Studies in Linguistics, Occasional Papers**, No.8.
- Virole, B. (Ed.) (1996) **Psychologie de la surdit e**. De Boeck Universit e, Bruxelles.
- Zimmermann, K. Y C.Bierbach (Eds.) (1997) **Lenguaje y comunicación intercultural en el mundo hispánico**, Biblioteca Ibero-Americana, Madrid.

